

Hace calor en la calle Noruega a las cuatro de la tarde, cuando se abre el portón automático para entrar a los estacionamientos de este edificio refinado, pero igual a todas las torres que se han construido aceleradamente en Las Condes —ahí cerca estaba el teatro Las Condes, y ahora resulta irreconocible la calle, la esquina, las veredas, como si nada de esto ocurriera en Santiago—, el subterráneo está fresco y fácil de acceder. Es elegante la torre por dentro, como si dejase de ser masiva.

Polo abre la puerta con una sonrisa. Ya no pregunta, sino que saluda con familiaridad. Sara, su mujer —ambos han trabajado con los Boeninger Gómez desde hace más de quince años—, se presenta en el *living* con el café y el agua. Doy una vuelta con otros ojos por el salón, comedor y terraza cuadrada de este piso número doce, como si fuera la primera y no la décima vez, y me sorprende su minimalismo, su estética de líneas simples y elegantes, de mesas transparentes, de un solo gran óleo moderno pintado por Iris Boeninger en el muro principal, y algunos —pocos— objetos orientales grandes, como un elefante de la India y unas máscaras chinas originales, que no pueden ser si no traídas por mano y por razones de afecto. Son pocas, son únicas. Hay espacio y luz. No parece que allí viviera una pareja de ochenta años.

Entra Edgardo, largo y flaco, con un *sweater* rojo y polera azul. Le gusta el rojo, lo usa también en prendas de cuello subido o en camisas de cotelé, todas siempre informales y finas. ¿Se comprará él la ropa? Es de las pocas cosas que no le he preguntado.

Antes de sentarse, reparo en el hombro derecho, está medio caído y desmerece su andar ágil. El pelo blanco está recién cortado. Saluda con soltura y sin aspavientos. Se le ve muy bronceado porque pasó el fin de semana, alargado hasta el martes, en el Miramar de Viña celebrando el cumpleaños setenta y ocho de su mujer, sin restricciones de sol y, para mi impacto, sin bloqueador de ningún tipo. Como si el año pasado no hubiera tenido un cáncer complicado que se detuvo milagrosamente, pero que ahí está.

Nos sentamos alrededor de la mesa y corremos los candelabros que no son de plata, sino de un marfil crudo estilizado. Toma su vaso de agua, porque el café, que le encanta, lo reserva para despertar en la mañana. Antes de ese primer sorbo él no existe, me confesó hace tiempo. Acomoda una carpeta llena de papeles y recortes que ha logrado rescatar de su pasado, en algún clóset perdido, lo que parece sorprenderle más a él que a mí, porque estaba convencido que no había guardado nunca nada.

Lo primero que muestra —y lo único que parece enorgullecerlo— es un pequeño folleto bien editado con poemas escritos por Marta Gómez, su mujer desde hace cuarenta años.

—Te lo regalo —dice con solemnidad, como si aquello fuera lo único de valor que encierran sus carpetas, de donde se asoman libritos amarillentos con sus campañas a rector de la Universidad de Chile y sus luchas con la Unidad Popular; sus primeros escritos para darle forma a la posible democracia que pudiera terminar con la dictadura militar de Pinochet; unas fotos con el gabinete del Presidente Aylwin en Cerro Castillo, sus intervenciones en temas de salud, divorcio o de comercio con Asia —y muchos otros temas así de disímiles— en su calidad de senador designado por ocho años; o la única foto antigua, de los años veinte, en la que está en brazos de su madre. Eso es lo que menos le conmueve, pero me la entrega como diciéndome «con esto espero que no me molestes más preguntándome por mis padres y mi pasado.»

—Marta Valentina se llama mi mujer, así suena de bien su nombre completo, así me gusta llamarla, (su tono cambia, se torna ensoñador; de ella sí que le gusta hablar) Marta Valentina. Escribe muy bien, pero como es pesimista nunca ha publicado nada. Estos poemas me los escribió y me gustaron tanto que hice una pequeña edición, sin su consentimiento. Este ejemplar te lo regalo. Pero aquí tengo un último poema,

que me escribó cuando cumplí ochenta años y no tengo otra copia. Este lo puedes leer aquí, pero no te lo puedo regalar, porque es el único que tengo.

—Léamelo usted.

Carraspea. Se endereza en su respaldo e imposta una voz profunda. Pero le dura poco. Al rato la emoción lo delata.

—*Crepúsculo*. Para Edgardo de Marta Valentina. 23 de agosto de 2005. Cumpleaños ochenta.

*Hoy, bordeando el fin de nuestros días,
El mirar hacia atrás me entibia el alma.
Son tantos años de amarnos sin dobleces
Espalda con espalda ante la vida,
Con los pies en la tierra y el espíritu alado.
Años de alegría y dolor confundidos
De alternancias, de fuerzas y flaquezas,
De manos cómplices que aquietan o reaniman.
De impronta esperanzada
En hijos y sus hijos compartidos.
Ahora, en el sereno transcurrir de horas amigas,
Siento que el mundo que tú y yo creamos
Sigue aquí, tierno y fuerte,
Y con sus puertas abiertas a la vida.*

Tiene las mejillas mojadas. Pero no se da por aludido que ha llorado. Simplemente guarda la hoja y comienza a sacar, uno por uno, los pocos vestigios que ha guardado de su larga y apasionante historia.

PRIMER MISTERIO. DOLOROSO

Tras la Primera Guerra Mundial, en el año 1920, llegó a Chile desde Alemania, huyendo de la post guerra, un joven alto, de ojos azules, llamado Walter Edgar Böninger Böninger. Dicen que sus antepasados eran de la

Renania, al norte de Bonn, donde su familia cultivaba tabaco y lo industrializaba en un pueblito llamado Duisburg. Eran sólo dos hermanos, uno se quedó con la familia y el otro dejó todo y se subió al barco para desembarcar en Chile.

Muchos años antes, en 1884, había llegado otro alemán en condiciones muy distintas. Venía con un grupo de eminentes pedagogos germanos «importados» a Chile por el Presidente Balmaceda para hacer clases de matemáticas y establecer las bases y el funcionamiento del Instituto Pedagógico. En Santiago echó raíces el joven maestro, formó a muchas generaciones de chilenos y en 1895 se casó con Margarete Schnieder, cuyo padre también era uno de los docentes llegado de Alemania. Tuviron siete hijos, todos connotados profesionales chilenos. Después de cuatro varones, nació Elizabeth Matilde Helena Mercedes, a quien todos le decían Lilli.

Un día, no sabemos dónde ni cómo, se encontró el solitario Edgar con la bella Lilli y se casaron en Santiago el 15 de octubre de 1924. Vivían en la calle Compañía 3129, cuando el 23 de agosto de 1925, a las 10 de la mañana, nació el único hijo de la pareja. Se llamó Edgar Arnold Dagmar Hanz Heinz Böninger Kausel.

El niño fue matriculado en el colegio británico *The Grange School*, en sus tiempos de la calle Pedro de Valdivia, bajo la rectoría de su fundador, *mister* John Jackson. Se iba en micro al colegio. El inglés lo aprendió de inmediato, y se fue empapando con el mundo anglosajón, como si en alguna parte del subconsciente se estuviera rebelando contra su mundo alemán. A este hijo único le gustaba jugar y empezó a desarrollar sus habilidades deportivas con bastante destreza.

Se sacaba buenas notas. Ese patio y esas clases es lo único que recuerda de su primera infancia. Todavía conserva a amigos de entonces y hay que reconocer que habla inglés como si hubiera vivido toda su vida en Londres. La influencia de este colegio fue definitiva en su carácter, a pesar de los pocos años que estuvo allí, entre 1934 y 1938, cuando debió dejarlo intempestivamente en el mes de julio, poco antes de cumplir los trece años. Había entrado a los ocho y no hay recuerdos de otro colegio anterior.

Lo que pasaba en su casa no lo sabe. No tiene ninguna imagen clara. Parece de verdad no saber cómo era su pieza ni si había patio, ni lo que

hacía su padre ni su madre, ni cómo era su abuelo o sus tíos Kausel; no sabe ni siquiera de qué hablaban sus padres entre ellos. Sólo al final del año de conversaciones, recordó que ellos peleaban en alemán. Como si casi nunca los hubiera escuchado porque todo lo que vivió allí se borró.

—No tengo memoria hasta que cumplí doce años.

La sentencia resulta chocante. Irreal, por decir lo menos. No quiere hablar de ese tiempo porque debe haber vivido cosas tremendas. Eso es más plausible. Pero después de muchas horas de largas conversaciones y de comprobar que no tiene secretos, que cuenta las cosas más crudas sin tapujos, que es de una transparencia política y social impensable para un tipo que ha llegado a ser tan poderoso —más invisible que visiblemente-, y cuyo talento principal está en poner de acuerdo a muchas voluntades dispares y armar caminos a partir de su tolerancia y empatía, ¿cómo es posible que se le haya bloqueado su infancia tajantemente y a pesar de ello sea un tipo normal? Él tampoco se lo explica, pero no entra en esa reflexión. Se sale cada vez que puede.

Está bien. No insisto. Pero eso no me impide concluir que no resistió el dolor de recordarla.

De repente, a propósito de otros temas, le vienen algunos chispazos antiguos y los cuenta. Son pocos. Por eso el relato debo hacerlo como si se tratara de pequeñas piezas de un inmenso rompecabezas sumergido.

Tenía como diez años cuando se fue su madre de la casa y quedó solo con este papá que se había vuelto muy autoritario y violento. Ella no pudo resistirlo más y ni siquiera se atrevió a llevarse al niño para no causar más cólera en un hombre con esos niveles de rabia incontrolables, quien advirtió que él se quedaba con el hijo.

Padre e hijo se enfrentaron, solos, sin diálogo y sin muchos recursos. Suponemos que la casa se vendió, porque al poco andar estaban viviendo ambos en una pensión en el barrio Brasil. Luego en otra en la calle Riquelme, y así en varias pensiones.

No hubo más recursos para pagar el *Grange* y el niño partió al colegio público más cercano que era el Instituto Nacional, donde llegó a terminar su interrumpido tercer año de humanidades y luego, cursar el cuarto. Salió de allí porque tuvo un entredicho con un inspector quien lo acusó al vicerrector del colegio y éste le dijo que estimaba prudente que no regresara al año siguiente.

Entre los años 1940 y 1941 terminó sus estudios secundarios en el Instituto Alonso de Ercilla, de los hermanos maristas. En esos tiempos no había requisitos en materia de edades. Su graduación se realizó a fines del año 1941, cuando tenía dieciséis años. Pero el colegio no fue nunca su problema. Era su espacio de recreo, de posibilidad creativa, de aprendizaje, de entretención, tanto con el álgebra como con las bolitas y la chacota con sus compañeros.

Paralelamente, la vida en la pensión era un calvario. Las discusiones con su padre eran permanentes. Nunca estaban de acuerdo. Llegaba muy tarde, suponemos que con varios tragos de más. Hay un solo recuerdo que le sale entero: durante un tiempo dejaron la pensión de turno porque su padre tomó el trabajo de administrador en una fábrica enorme, enclavada en una manzana de superficie, en Gran Avenida. Le parece que puede haber sido una fábrica de cartones. La pieza donde dormían estaba muy lejos del portón principal que daba a la calle. A unos treinta metros. Cuando llegaba del colegio, veía al papá terminar su trabajo y salir de fiesta, supone. Lo que más recuerda es el miedo que lo invadía cuando terminaba de oscurecer. Un miedo que se iba haciendo infinito cuando ya el silencio reinaba en aquella construcción gigantesca y helada. Y ahora vacía. A veces no podía dormirse porque estaba solo, y cruzaba ese inmenso patio hasta el portón y allí se sentaba, en el frío y la oscuridad, a esperar a su padre. Esos momentos eran dramáticos. El ruido de la calle era más consolador que la soledad de su habitación. Prefería la calle a la casa. No sabe a qué hora llegaba su padre, sabe que se enojaba al verlo acurrucado en la vereda, tal vez llorando. Sólo entonces, cuando entraban, podía finalmente dormirse.

A los trece años, más o menos, ya nuevamente en una pensión, un día de discusiones, su padre lo amenazó con una pistola que guardaba siempre consigo. El niño lo veía ya como un tipo loco. Al poco tiempo le dijo que prefería vivir solo. Su padre agarró sus cosas y se fue.

No volvió más.

Ahí comienza la vida de Edgar Böninger Kausel, quien lo primero que hizo cuando se abrió la posibilidad legal, fue ir al Registro Civil de Estación Central, donde está inscrito, y cambiarse el nombre. Edgar Arnold

Dagmar Hanz Heinz Böniger Kausel pasó a llamarse solamente Edgardo Boeninger —sin cremilla— Kausel, tal como lo certifica la circunscripción Portales con fecha 7 de febrero de 1975, mucho después de haber comenzado su independencia. Ese año solamente la legalizó.

Pero el adolescente que partió un cuento nuevo, por el año 1938, desde ahí sí tiene claridad de cómo creció, de las amistades que le hicieron posible un desarrollo personal, de los pequeños trabajos que hacía para subsistir. Lo que no sé si tiene tan claro es que el día que su padre lo abandonó en una pensión del barrio Brasil, ese día que sintió alivio porque podía tomar sus propias decisiones sin que nadie lo hostigara ni amenazara, ese día pasó a ser definitivamente adulto.

—Me desligué de esa familia. Me sentí libre de mis ataduras familiares previas, lo que para mí era algo muy positivo, debido a la historia de mis primeros años. No tengo familia previa y no quiero tenerla. Es otro acto de libertad. Tengo sólo la familia que elegí tener.

No tuvo niñez este personaje. Esa es la verdad. No tuvo madre. Ella le siguió pagando la pensión durante algún tiempo. No iba a verlo, nunca pisó la pensión, pero le entregaba un dinero cuando él la iba a ver a su casa de la calle Domínica. Las visitas eran sólo de vez en cuando, porque ella se había casado con un médico de prestigio y vivió para él y su hijo —ella no tuvo otro después de Edgardo— como una familia formal y de buena posición. Doña Isabel Matilde Kausel Schneider se casó el 5 de abril de 1944, a las 19 horas en Providencia, con Arturo Roberto Albertz Muller. Así consta en el Registro Civil. Siguió siendo la Lilli, ella castellanizó sus nombres alemanes. Posiblemente este único hijo perdido al otro lado de la ciudad no podía estar en sus prioridades; al fin y al cabo era hijo de un matrimonio con un tipo medio loco, del que no quería ni acordarse.

Edgardo nunca la sintió madre; tenían una relación de amistad formal.

—Por lo tanto, la dueña de la pensión tiene que haber sido lo más cercano a una madre para usted...

—Sí, en el sentido de que fui acogido por ella. Pero para ser honrado, terminó siendo más polola que mamá... (Explota en un ataque de risa y me descoloca. Después del desconcierto inicial, comprendo que este

pololeo debe haber sido su inicio en las lides del amor, lo cual reafirma mi hipótesis de que no tuvo madre).

Tampoco tuvo padre, sino un hombre que en principio era su protector, pero que resultó ser más peligroso física y psicológicamente que el mundo del cual lo protegía.

Por eso estaba tranquilo cuando se quedó solo. La gente de la pensión eran sus amigos y todos lo ayudaban. Allí había calor y comida. Ese era el único hogar que había conocido y allí se quedó por muchos años.

«Estábamos en el mismo curso. Él había llegado al Grange un año antes y aprendió excelente inglés. Aquí en el libro del colegio aparece Edgardo Boeninger, en el año 1935, recibiendo un premio, un libro completo de Robinson Crusoe.

Eran cursos chicos de no más de treinta personas. Edgardo era buen alumno, pero no era muy destacado en deporte y como el Grange era un colegio donde los deportes eran muy importantes, por eso no aparece mucho en los anuarios. El año 1936, el primero del curso fue Palma y nosotros con Edgardo estábamos en la cola.

Todos estábamos divididos entre Blue o Grey. Él era Grey (gris).

Era tranquilo... Un poco irónico, muy descuidado en su ropa. Pienso que tenía problemas económicos, pero mantenía su dignidad y su sentido de autoestima muy alto.

Nunca fue el primero del curso, pero era uno de los que se reconocía como inteligente. Se veía culto, pero no mateo.

Cuando decidí estudiar Ingeniería Civil en la Católica me topé de nuevo con él, le había perdido la pista. Nos gustaba ir a ver los deportes, nos gustaba ir a comer juntos. De vez en cuando, había pequeñas discusiones, pueden haber sido políticas...Era la época de la guerra.

Edgardo era mucho más destacado en los estudios que yo. Fue ayudante de profesores, tenía responsabilidades con los alumnos de cursos inferiores a quienes les tomaba las pruebas; era de otra categoría, eso no lo tuve yo porque no tenía ni las notas ni el reconocimiento que le daban los profesores.»

HÉCTOR MALDINI, julio 2008

LIBERTAD HECHA CARNE

Sobrevivir era lo importante, pero tampoco estaba dispuesto a pasarlo mal. Esas dos fuerzas lo llevaron a convertirse en un tipo pragmático. Y entretenido. Iba haciendo lo que podía dentro de sus posibilidades y dejándose el espacio para sus múltiples aficiones, que en ese momento eran el deporte, la lectura y la bohemia.

Dio bachillerato y sacó veinticuatro puntos, lo que no era mucho para un alumno con un alto promedio de notas. Él también quedó sorprendido. Lo natural al salir de un colegio católico era entrar a la Universidad Católica por eso, asegura hoy, en 1942, ingresó a la Facultad de Ingeniería Civil de esa casa de estudios.

El mundo se le agrandó. Se hizo de muchos amigos con los que armó pequeñas empresas y grandes proyectos de diversos tipos. Accedió al barrio alto y a los campos de la zona central, a las familias católicas, con su bondad, prejuicios y tradiciones. No estaba deslumbrado ni tampoco acomplejado. Era el único que se tenía que mantener, sin embargo, no acunaba ningún resentimiento. Consiguió muy luego que por su facilidad para las matemáticas —heredada de su abuelo materno— los profesores le dieran ayudantías y clases incluso en otras facultades.

—La libertad la adquirí cuando me empecé a ganar la vida haciendo clases de matemáticas a los alumnos de Arquitectura. Eso hizo que me sintiera muy bien. Es cierto que no tenía conexiones sociales, pero como era buen alumno, no me sentía desamparado. Sabía que tendría oportunidades para salir adelante. Por otro lado, quería mucho a mis amigos de la pensión, el pescadero, el detective en servicio activo, una niña que trabajaba en Cocha.

—¿Cómo era el detective?

—El detective se llamaba Abraham Díaz y era pocos años mayor que yo. Nos hicimos muy amigos. Salíamos juntos los fines de semana. En ese tiempo el centro de la bohemia, un poco malevo como eran estas cosas en Santiago, estaba en el barrio Bandera. Había una serie de boliches con bailarinas *topless* y jolgorio. Con Díaz íbamos al centro, comíamos y nos tomábamos un trago. A veces bailábamos con alguna niña, pero

era lo menos. Conversábamos de esta vida y de la otra hasta el amanecer. Al poco andar me di cuenta de que cuando hacíamos estas salidas, él no andaba de franco, estaba trabajando. Era algo fantástico. La forma en que lo hacía era que a las 6 ó 7 de la mañana, en una esquina determinada -como Puente esquina del parque- lo esperaban unas tres o cuatro personas y él los llevaba a la comisaría o al cuartel de investigaciones por «sospechosos». Ahí normalmente los dejaban libres por falta de mérito. Pero así él figuraba habiendo trabajado toda la noche y lo que en realidad había hecho era ponerse de acuerdo con algunos para que se prestaran para declarar en calidad de sospechosos, mientras él salía.

Este era el ambiente en el que me movía. Yo no estaba de acuerdo con lo que él hacía, pero no le hacía ningún juicio moral. Lo quería mucho. Así como también quería a Osvaldo Ortúzar Montes, compañero de Ingeniería, con quien iba a pasar algunos fines de semana al fundo La Montaña con su familia. Ahí conocí a la primera mujer que de verdad me gustó, la Susana Ortúzar, su hermana que era muy linda.

Llegué a querer mucho estos dos mundos y al quererlos, los entendía. No veía nada pecaminoso en los de arriba ni rencoroso en los de abajo. Me di cuenta temprano del desconocimiento de la clase alta chilena respecto de sus congéneres. Es brutal. Yo tenía la ventaja de conocer ambos mundos.

Recuerdo que en ingeniería tenía un amigo que se llamaba Carlos Vergara. Había sido de familia muy rica, de esos hijos que se farrean los fundos de los padres o que cerraba una *boîte* para las fiestas. Carlos fue descendiendo, agarró una pega en la embajada Argentina, la perdió por puras irresponsabilidades personales. Hasta que se tuvo que ir a otra pensión del barrio Brasil, solo y en malas condiciones. Una vez Carlos fue a la calle Riquelme, a mi pensión, y me pidió que le prestara un poco de plata. Para mí era algo difícil, pero le presté. Le había pedido plata a todos sus amigos y ya no podía seguir pidiendo, porque no les pagaba. Como tres años después, cuando ya lo veía poco, llegó a la pensión y me devolvió la plata que le había prestado. Él ya estaba en las últimas. Y es una de las cosas que más me han emocionado en la vida. Por eso me emociono hoy al recordarlo. (Se le llenan los ojos de lágrimas). Debe haber sido uno de los tipos más inteligentes que he conocido y se murió con una vida perdida, tirada a la basura.

—A usted le debe haber dado terror que le pasara algo así. No en el sentido de despilfarrar riqueza, porque no la tenía, sino más bien de perder el control. Era muy joven y nadie le ponía límites.

—Tener control sobre mí mismo era indispensable para sobrevivir. Lo supe muy pronto en la vida. Cuando yo era ayudante, además de estudiante, en la escuela de Ingeniería, con un grupo de mi curso, donde estaban Enrique López, Gonzalo Quevedo y otros tres, aceptamos un desafío de un grupo que estaba tres cursos más abajo, que venían de la Escuela Naval. Estaban los hermanos Ferretti, Horacio Fabres, Sergio Fernández. A los ayudantes nos invitaron a una tomatera en el departamento de los Ferretti en la calle Mac Iver. En el fondo, se trataba de ver quién curaba a quién. Fuimos y estuvimos hasta las seis de la mañana, tomando, conversando... Había un montón de trago. La idea de ellos era emborrachar a los ayudantes y nosotros no podíamos ser menos. Empezaron a caer algunos, en la cama, en el sillón. Como a las tres de la mañana me di cuenta que estaba poniéndose feo y yo no podía caer en esto. Decidí abrir una ventana y cada cierto rato, tiraba el trago por la ventana. Y así, logramos sobrevivir esta hecatombe. Se nos siguieron cayendo algunos y como ya la cama estaba ocupada, con Quevedo tuvimos que acostar a uno en la tina de baño. Nos retiramos a las seis de la mañana y llevamos en un taxi a los que no podían andar. Recuerdo que uno se puso a vomitar por la ventanilla del auto. Imagínate la cara del pobre taxista.

Lo importante es que yo tomé acciones deliberadas para evitar perder el control. Al punto que hasta hice trampa. El hecho de ser independiente y vivir solo desde muy temprano, de no tener ninguna protección familiar, me llevó a necesitar sobrevivir bajo toda circunstancia. No estoy dispuesto a perder el control y la conciencia. Nunca.

«Siempre se financió su educación, por eso Edgardo fue muy esforzado, tenía que hacer todo, no podía descansar en otros.

Edgardo vivió solo en una pensión. Mientras él avanzaba, su papá fue cayendo cada vez más en una situación complicada de alcoholismo, entonces se transformó en un peso brutal porque a veces llegaba a la oficina y a Edgardo le daba vergüenza y, además, se sentía responsable, porque tenía que hacerse cargo de él, pues andaba de vago en la calle, se arrancaba, estaba perdido, desaparecía... era un asunto muy doloroso.

Una de las habilidades que tuvo y que sigue teniendo, era su conocimiento de la hípica chilena al revés y al derecho, así como estudia Edgardo, tenía conocimiento de todos los caballos y yeguas que corrían, todos sus ancestros, las carreras que habían ganado y perdido, por qué las habían perdido, en qué tipo de cancha corrían... Pero jugaba a las carreras no como jugador sino como una manera de obtener recursos. Jugaba muy regularmente pero muy marcadamente, era un aficionado, pero no era un jugador, él jugaba para financiarse. Y estudiaba y estudiaba, y para sacar unos pesitos y poder sobrevivir y pagar la universidad... que la financió en parte con la hípica.»

SERGIO MOLINA, julio 2008

NO VIRAR IZQUIERDA

Cuando terminó de estudiar y se tituló de ingeniero civil, en el año 1950, estaba contento de cerrar esa etapa que había llevado a cabo por deber. Sabía que le podía abrir puertas y no se podía dar el lujo de abandonarla antes de terminar. Pero durante todos esos años se le suscitaron varios reparos y dudas vocacionales.

—Avanzaba con una doble sensación que se me fue agudizando. Tenía muy poca o ninguna condición para ser ingeniero civil. Me di cuenta de esto en cuarto año de estudio, cuando ví que la ingeniería era una carrera que dependía y se vinculaba a la física y no a las matemáticas. Yo era muy bueno para las matemáticas y nunca tuve amistad con la física; hasta el día de hoy, que no la entiendo bien. Pero yo no tenía dinero, así es que tuve que seguir estudiando hasta recibirme.

—**Le tienen que haber gustado mucho las matemáticas.**

—No, tenía facilidad pero no fui un aficionado a las matemáticas.

—**¿A qué era aficionado?**

—Más a las personas que a las cosas. Era amistoso, extrovertido. Lo que le pasaba a la gente me importaba. Leía los diarios, me gustaban las

cosas públicas y no era ni siquiera dirigente estudiantil. En aquella época, la Católica era un colegio. La cosa es que me recibí de ingeniero, pero sabía que quería estudiar otra cosa.

Entró a trabajar a Ferrocarriles del Estado, en la Alameda con Serrano, porque alguien le ofreció el trabajo. Confiesa que en realidad nunca hizo nada útil allí. Estaba bastante frustrado. Cuando en 1955 ganó un concurso de la Municipalidad de Santiago para entrar al Departamento del Tránsito —fue el primer ingeniero de tránsito en Chile—, dejó Ferrocarriles.

—Como me daba cuenta de que era muy inútil allí, vislumbré que lo de Ingeniería del Tránsito tenía más que ver con urbanismo que con ingeniería. Por alguna razón que no recuerdo, tenía una cierta amistad con un dirigente del Automóvil Club, que me consiguió un texto de ingeniería del tránsito de California. Me lo leí y di el examen. De ahí salió una terna y yo quedé segundo. El primero era Hiram Albala, que había estudiado en California. Y ganó lejos. Sabía mucho. Di por terminado el episodio. Pero me encontré con la gran sorpresa de que el alcalde de Santiago definía la terna. Era don Mario Valdés Morandé, un viejo conservador, cuyo hijo, Mario Valdés Gandarillas, era mi alumno en Arquitectura y, además, yo le hacía clases particulares de matemáticas. Éramos amigos. Él me llamó para decirme que me iban a nombrar a mí. Y precisamente, al día siguiente, el alcalde me nombró. Quise saber por qué y Mario Valdés hijo —que también se murió, ¡cómo estamos de viejos!— me dijo que su padre había comentado esto en la casa a la hora de comida y había dicho lo siguiente: ‘Yo no voy a nombrar, por ningún motivo, a un semita y, además, comunista... En cambio este señor Boeninger debe ser ario puro...’ Y así fue como optó por mí.

Se ríe a carcajadas. No le importa ser políticamente incorrecto. Disfruta de la realidad pura mucho más que otros. En eso se nota que el qué dirán no lo persigue como a tantos.

—**¿Alguna vez se encontró cara a cara con este señor Hiram?**

—Síiii (se acomoda en su asiento, entusiasmado). Yo juego ping-pong, —todavía juego todas las semanas—, y en ese tiempo lo hacía por el equipo de la Católica. Un día se produjo el clásico universitario de

ping-pong y por la Chile jugaba nada menos que Hiram Albala, que era muy bueno también para el deporte. Eran equipos de cinco personas, y justo me tocó a mí jugar con él. Nos miramos con cierto desafío. Comenzó el partido y ¡me sacó la cresta! Cuando terminamos me reí, le fui a dar la mano, y le dije: ‘Hiram, esto es justicia inmanente.’ También se rió mucho y nos hicimos bastante amigos.

A los veinticuatro años recibió su título de ingeniero civil y montó una pequeña empresa con un colega, la que se sumó a una oficina de cálculos con un ruso, donde también ganaba sus pesos. Todo esto se combinaba con su trabajo en Ferrocarriles. En 1955, cuando ganó ese concurso de la municipalidad de Santiago, se dedicó con bastante interés a ser ingeniero de tránsito. Inventó varias cosas que siguen vigentes hasta el día de hoy, como la señalética que corresponde a una nueva lógica en la planificación del tráfico y que dice «No virar izquierda». Fue su primer aporte y significó una revolución para los vehículos de entonces. Y como le puso cabeza al tema de los semáforos, también diseñó algo inédito en Chile hasta ese momento: cambiarle el sentido del tráfico a la Costanera (Avenida Andrés Bello en Santiago) dependiendo de las horas y los flujos vehiculares. Tal como está hoy, más de cincuenta años después. Él no me lo contó nunca, no le da ninguna importancia. Fue alguno de sus amigos, con los que conversé en paralelo, quien lo consignó como un hecho no menor.

Por eso, hacia el final de nuestros encuentros —que en realidad no han terminado, porque siempre hay algo más—, le pedí que me detallara esto de su aporte al tráfico de la ciudad de Santiago.

—Tenía una oficina en una casona grande en la calle Carmen, era el Departamento del Tránsito. Tenía un director, subdirector, una serie de divisiones y esta División de Estudios. Y conmigo se creó el cargo de ingeniero de tránsito. El director era Juan Enrique Delpiano, un tipo brillante, agradable, dicharachero, no nos conocíamos, pero hicimos muy buenas migas. Sólo me dijo ‘esta es su oficina, usted es el que me tiene que decir qué me puede hacer’. Mi trabajo se fue desarrollando en dos líneas: una era el proceso de colocación de semáforos, que casi no había, y cómo se sincronizaban. Había mucho menos vehículos que ahora y

la idea era que pudieran pasar sin detención en un montón de cuadras; la otra línea era el entramado de calles y cómo encajaba en el Plano Regulador de Santiago. Trabajé mucho con la gente de la Dirección de Obras Municipales y fui aprendiendo el rol de las distintas calles, de los barrios, en fin. Ahí tenía que ver el sentido del tránsito de las calles. Trabajaba cuatro horas diarias.

—¿Y cuándo le dio el palo al gato?

—Me demoré bastante, yo encontraba que era un flojo, que me tenían que echar en algún momento, que no les servía de nada. Lo primero que se me ocurrió fue el tema de no virar izquierda y hacer que la gente que quisiera virar izquierda en una esquina complicada, diera la vuelta a la manzana: derecha, derecha, derecha, de frente. (Repite con diversión).

—¿No existían los carteles de no virar izquierda?

—No, yo llené la ciudad con esos carteles. De no virar, de no entrar, en fin, cosa de uniformar el diseño de la señalética, que era muy caótica. Me serví de lo que había en Estados Unidos, que ya era muy ordenadito. La Costanera era un lío. Si era de bajada, la gente no podía subir. O si era de subida y de bajada, en el sector del Parque Japonés era demasiado angosta. Habían pasado un par de años, había cambiado el director y don Juan Enrique se había retirado. Ahora era don Guillermo Wormald, el que había sido antes el jefe de rentas de la Conferencia Nacional de Municipalidades. Yo no tenía muy buenas migas con él.

Bueno, y se me ocurrió la idea de establecer tránsitos distintos en la Costanera: a ciertas horas para abajo, a ciertas horas para arriba y a ciertas horas en los dos sentidos. Y lo consulté con una niña, Irene Valdenegro, con quien compartíamos esa oficina grande, y le pareció razonable. Fui a hablar con el director a quien también le pareció razonable, pero como era un tipo bastante desconfiado, me sometió a una especie de interrogatorio en la Municipalidad.

—La propuesta debe haber sido bien revolucionaria.

—Sí, bien revolucionaria. El hecho es que el auditorio lo encontró bien y lo pusimos en práctica. Por fin sentí que estaba justificando la pega de varios años. (Se ríe).

—Hasta hoy se mantiene el sistema, y se ha replicado en otras calles, como Presidente Riesco. ¿Y qué pasó con Guillermo Wormald, se hicieron amigos finalmente?

—No. Lo que ocurrió fue que en 1959 me contrató la Dirección de Presupuesto para ser asesor económico. Y Wormald, además de director de Tránsito de Santiago, seguía siendo el jefe de rentas de la Conferencia Nacional de Municipalidades. Pedía plata para las municipalidades y, por lo tanto, dialogaba con la Dirección de Presupuestos todos los años. Y ahí se produjo una situación muy complicada, o divertida, porque era mi jefe en Tránsito, pero le tenía que pedir plata a la Dirección de Presupuestos y yo se la tenía que aprobar. Ahí se morigeró el tipo y la relación mejoró mucho. Era un poco hosco, nunca me cayó demasiado bien y yo a él tampoco, pero ahí establecimos una buena relación. Cuando me fui de la Dirección del Tránsito, el año 1961, fue porque ya no me daba más el tiempo, tenía las manos llenas con la Dirección de Presupuesto y con la escuela de Economía.

Ninguno de sus logros se los creía realmente. Todavía no se los cree. En 1950, con estos tres trabajos, no corría de un lado para otro, sino que caminaba con tranquilidad. Se había recién casado y tenía una inquietud pendiente, la de encontrar una profesión que le calzara bien. En esos días consideró que ya tenía la vida suficientemente organizada como para estudiar otra cosa.

—Había aparecido esta nueva carrera que era Ingeniería Comercial y Economía. Se veía que tenía un gran porvenir. Estaba Flavián Levine, que tenía un cierto nombre. Con mi amigo y compañero de Ingeniería Civil, Julio George—Nascimento, nos encontramos una noche y comimos juntos en el centro. Después nos sentamos a conversar en la Plaza de Armas hasta las dos de la mañana. Yo andaba buscando a alguien con quien compartir este esfuerzo que me significaría estudiar de nuevo. ‘No lo sigas rumiando, me dijo, tienes que hacerlo ya.’ Fue un empujón definitivo.

Entró a Economía en la Universidad de Chile en 1955. No podía asistir a clases porque estaba en Tránsito y en sus dos mini empresas. Pero se leía los libros y daba las pruebas. Los profesores se preguntaban quién

era este alumno que se sacaba muy buenas notas y a quien ellos no habían visto nunca. Sus amigos le hacían llegar los apuntes y le informaban las fechas de las pruebas.

—Ellos eran Héctor Assael, que fue asesor de la Dirección de Presupuestos y estuvo en varios cargos públicos. Hace tres días hablé con él. Es un economista muy connotado. El otro amigo era Arturo Israel, un tipo que se fue de Chile en 1969, recién casado con la Miriam Schnapp, con quienes he sido amigo toda la vida. Es una historia muy bonita y triste. Arturo se murió de cáncer hace unos seis años, un 31 de enero. Fui a verlo a Washington... Sufrí mucho con su muerte. Y hemos seguido con una amistad muy especial con la Miriam, de la que también participa la Martita. Hace poco estuvo aquí.

Cursaba quinto año de Economía, a comienzos de 1959, cuando Sergio Molina era director de Presupuesto del Gobierno de Jorge Alessandri. Estaban creando dos cargos nuevos, un asesor económico y otro jurídico. Molina había sido nombrado muy joven en el cargo por Carlos Ibáñez, y Jorge Alessandri le pidió que se quedara, ante la impresión de todos porque Molina era un hombre de Eduardo Frei Montalva, perdedor en esa misma elección presidencial, pero que llegó a ser Presidente de Chile entre 1964 y 1970. Ahora Molina quería gente recién egresada y llamó al decano de Economía de la Chile, que era Luis Escobar Cerda, para pedirle nombres de los mejores alumnos de Economía y elegir a uno para llevárselo a trabajar con él.

—Me recomendó a mí. Sergio Molina me contrató como asesor económico de la Dirección de Presupuesto. Al mismo tiempo, contrató como asesor jurídico a quien sería mi gran amigo, Javier Vergara, el que después fue un famoso editor. En ese momento, la facultad de Economía me contrató como coordinador docente. Tenía dos pegas nuevas. Por lo tanto, cerré la oficina de construcciones y seguí un año más en Ingeniería de Tránsito. Así terminé de estudiar y, a fines de ese año, egresé de Economía.

—¿Corría mucho para atender todos sus trabajos?

—No, distribuí bien mi tiempo. Por suerte que el decanato estaba en Compañía con Teatinos y la Dirección de Presupuesto, en Teatinos con Moneda, donde está hoy. Ahí me tocaba sólo andar tres cuerdas y coordinaba las reuniones para manejar las dos cosas.

—¿Tenía auto?

—No, creo que andaba a pie y en micro.

«Lo veíamos poco en la escuela de Economía, porque era muy selectivo en sus clases, le gustaban algunos profesores y otros no. Como era ingeniero y brillante matemático, le revalidaban los ramos matemáticos. Una vez un profesor de Cálculo le dijo que no lo podía revalidar, entonces lo obligó a dar un examen oral. Cuando llegó a darlo, al segundo después que Edgardo empezó a escribir en el pizarrón, el profesor le dijo: 'ya, mejor váyase', porque sabía mucho más que él. La ventaja que tenía sobre nosotros es que se leía toda la bibliografía completa de cada ramo. Y la estudiaba. Debe ser uno de los hombres más talentosos que he conocido, si no el más.»

HÉCTOR ASSAEL, septiembre 2008

«Entregando las notas en el curso que yo daba en la escuela de Economía de la Universidad de Chile, y nombrando a los alumnos, apareció el señor Boeninger. Fue a recibir su nota y yo no lo había visto nunca en clases. Si él, sin ir a clases se sacaba las mejores notas del curso, entonces yo estaba de más como profesor. Se lo dije en esa oportunidad y se puso rojo, le dio vergüenza.

Poco después, cuando yo era director de Presupuesto, estaba tratando de llevar a un joven destacado que hubiera estudiado Economía para que fuera mi asesor. Cuando Luis Escobar Cerda me dijo que Edgardo Boeninger era una persona destacada, me acordé de esa historia y me dio curiosidad verlo de nuevo. Entonces lo llamé a la municipalidad de Santiago donde estaba de ingeniero de tránsito, pegado en las flechitas. Fue muy amable y le dije cuáles eran mis propósitos y a él le gustó ser asesor del director de Presupuesto.»

SERGIO MOLINA, julio 2008

BOENINGER *VERSUS* MASSAD

Había llegado a instalarse en un rincón de un Gobierno que le gustaba. Admiraba a Frei Montalva, a pesar de no ser un entusiasta de la lucha por la justicia social. Pero consideraba que el mundo de entonces requería de un presidente que se atreviera a hacer cambios. Ahí empezó a conocer el funcionamiento de un Estado, porque todo pasaba por sus manos en algún momento. El mundo demócratacristiano también pasó a ser su mundo. Y sus afectos profundos parten aquí, comenzando por su jefe Sergio Molina y su mujer, Pauline Barros.

Trabajó con Jorge Ahumada, el autor del libro *En vez de la miseria*, quien pasó a ser un tótem de la nueva política económica y del programa económico de Eduardo Frei Montalva.

Cuando gana Frei la Presidencia de la República, en 1964, designa a Sergio Molina como ministro de Hacienda. Y Molina, antes de salir, se las arregla para que se designe a Boeninger como director de Presupuesto.

En ese mismo momento, un grupo de profesores de la facultad de Economía de la Universidad de Chile, donde él era profesor, entre los que estaba Osvaldo Sunkel y Eduardo Miranda, académicos e investigadores de primer nivel, le pidieron que se presentara a la elección para ser decano de la facultad de Economía de la Universidad de Chile. Eso sí que no estaba en sus planes.

—¿Cómo fue que aceptó ir a esa elección y cómo fue que salió elegido?

— Mis contendores eran dos: por la izquierda, Danilo Salcedo, que después se fue a la extrema derecha pinochetista; y el otro era Carlos Massad, militante demócratacristiano que ha sido varias veces presidente del Banco Central. Él se consiguió una orden del partido para que todos los profesores, estudiantes y funcionarios DC votaran por él. Yo no pertenecía a ningún partido. Así es que la cosa se puso difícil. Los estudiantes acataron la orden en masa, excepto por el presidente del Centro de Alumnos que era Jaime Estévez, quien declaró públicamente que, a pesar de ser DC, votaría por mí.

—Carlos Massad además era presidente del Banco Central en ese momento.

—Por eso era complicado por todos lados, porque como yo era director de Presupuesto, en el Gobierno eran hinchas míos y en el Central, hinchas de Massad. Así es que esta elección llegó hasta el Gobierno. Y al final, la gané. El decanato de Economía significaba que tenía que sentarme en el Consejo Universitario, el rector era Eugenio González; el decano de Filosofía era el destacado historiador don Hernán Ramírez Necochea. Ahí se produjo el movimiento estudiantil de 1968, se tomaron la universidad con Jorge Navarrete a la cabeza. Se produjo un caos. Existían tres organismos que manejaban la universidad: el Comité de Reformas, donde estaba Fernando Vargas, un independiente medio socialístón, quien nunca me tuvo mayor afecto; el Plenario de la Reforma, que lo manejaba el PC a través de Enrique Paris; y el Consejo Universitario, que era donde estábamos los decanos legales.

Ese mismo año 1968, se produjo una elección de los representantes de las facultades en la Comisión de Reformas que presidía Vargas. Y yo, junto con Enrique D'Etigny, decano de Ingeniería, tomamos la decisión de postular a ambos cargos: a la elección de decanos y a la elección de representantes de la facultad. Gané ambas, así es que yo reunía toda la representación de Economía. Asistía al Consejo Universitario y a la Comisión de Reformas.

En medio de esta pelotera, propuse una fórmula de solución al tema del conflicto de estos tres organismos, para que pudieran desaparecer y quedar sólo con un consejo superior. Me acuerdo que hasta el rector subrogante, que era Ruy Barbosa porque Eugenio González había renunciado, y Álvaro Bunster, un hombre muy habiloso, que era secretario general de la universidad, aprobaron la idea y la fórmula se convirtió en la postura oficial de la universidad. Fue al Congreso y se sacó una ley. Allí se estipuló que había que elegir al nuevo rector y a un consejo superior. De paso te cuento que nunca había visto un tipo más irresistible para las mujeres que Álvaro.

Así fue que comenzó, sin saberlo, a proponer y estructurar fórmulas estratégicas para gobernar. No paró nunca más de hacerlo. En todo caso,

cuando cuenta los detalles de su entrada al decanato se le ve contento. A través de esos detalles uno puede vislumbrar que el mundo era más chico y también más amable. Lo que no significaba que el esfuerzo fuera menor. Trabajaban mucho y farreaban mucho también. Como si el tiempo fuera más largo y alcanzara para todo.

Hay una anécdota que muestra cómo en esa facultad de Economía, el *modus operandi* tenía reglas a escala humana. La primera vez que Edgardo Boeninger se presentó a decano, todavía no se había titulado de ingeniero comercial. No se había apurado en hacer su tesis, porque como ya tenía el título de ingeniero civil, era suficiente para entrar al sector público. A pesar de las contiendas electorales, era una facultad muy poco politizada. Ahí surgió un candidato que representaba al área de Administración de Empresas, que era Jaime Fuenzalida, secretario de la facultad. Como el objetivo del otro grupo era fortalecer el área de Economía, tenían que ponerle al frente un candidato de los economistas. En el fondo, era un asunto de hegemonía, de si la facultad se iba a mover hacia la administración de empresas o hacia la economía y sus temas globales. Como Edgardo Boeninger era profesor coordinador de los ramos de Matemáticas y Economía, además de profesor titular, podía participar en el claustro. Por lo tanto, era un buen candidato para enfrentar a Jaime Fuenzalida.

—Me pasó una cosa muy bonita en esa elección. Ocurrió que, como eran cuarenta y ocho los que votaban, era una elección hombre por hombre. Empezó la campaña y yo fui hablando con cada profesor. Se me presentó un profesor que hacía collera con otro. Se llamaba Atilio Besio, profesor de Contabilidad. Me dijo: ‘Mira, yo encantado votaría por ti, pero tengo un problema de principios. No puedo votar por alguien que no sea ingeniero comercial para decano de la facultad de Ingeniería Comercial.’

Le dije que me parecía estrictamente razonable y que no tenía nada más que agregar. Me fui para mi casa. Resulta que yo tenía inscrita la memoria a dúo con Pablo Nudelman, compañero de curso, que además trabajaba conmigo en la Dirección de Presupuesto. Era socialista. La habíamos inscrito para hacerla juntos, pero había que hacerla, entregarla y someterla a un examen. No habíamos hecho nada. Trabajábamos mucho en la Dirección de Presupuesto, no teníamos mucho tiempo.

La elección para decano estaba fijada para cuatro semanas más. Al día siguiente, cuando nos encontramos en la oficina, le dije a Pablo si se sentía capaz de hacer la memoria en tres semanas. ¡No habíamos hecho nada! Cuando le conté que había dos votos de profesores que dependían de que la hiciéramos, me contestó: ‘Ah, no, si es así, hay que hacerla!’ Nos pusimos a trabajar. En las tardes, en la noche, los fines de semana. El hecho concreto es que la terminamos en tres semanas. Fue un trabajo feroz.

—¿Cuál era el tema?

—(Lo busca en la mente). No, no me acuerdo... Debe haber sido algo con el sector público, pero no me acuerdo. Debe estar en alguna parte. Yo no la tengo. No la vi nunca más. Fui a pedir fecha para el examen de grado. Era mi propio adversario Jaime Fuenzalida quien me la tenía que dar. La comisión que nos tomaba el examen estaba constituida también por él, además de otros. Era raro todo: un candidato tiene que dar un examen de grado antes de una elección para ser decano y el jefe de la comisión examinadora es nada menos que el candidato adversario. En fin, muy pintoresco.

Fue una de las cosas más bonitas que me han pasado. Porque, desde luego, Jaime me podría haber puesto una fecha posterior a la elección, pero no lo hizo. Además, el día del examen, los tres de la comisión nos pusieron un siete. Me fui a ver a Atilio Besio, y le dije, ‘Atilio, me dijiste que tú tenías simpatía por mi candidatura, pero que no votarías por alguien que no fuera ingeniero comercial. Bueno (se ríe solo, sin carcajada, con nostalgia), te vengo a contar que ayer me recibí de ingeniero comercial...’ ¡NOOO, no puede ser!’, contestó Atilio, quien no podía creerlo y lo tomó con mucho humor. Dos días después se hizo la elección, y gané por veinticuatro votos contra veintidós. (Se ríe muy fuerte y contento. Le gustan estas hazañas que van al límite). ¡Esa historia es fantástica!

—¿Qué le regaló al señor Fuenzalida después de que lo salvó en desmedro de sí mismo?

—Fui a verlo y le dije que había tenido un gesto humano y de caballero extraordinario, porque él tenía en sus manos la posibilidad de ponerme tropiezos suficientes para que la elección hubiera sido al revés.

Y no lo hizo. (Se pone muy serio). De ahí nació una amistad bastante estrecha. Le tomé una estimación brutal.

—Si hizo todo ese esfuerzo es porque le importaba mucho salir decano. ¿Por qué tanto?

—Lo que pasa es lo siguiente: yo no tenía ninguna intención de ser decano de Economía, para ser honrado. Me habían nombrado director de Presupuesto, era profesor coordinador de la facultad, tenía un ingreso... Pero ocurrió que me fueron a ver y era mucha la presión: no hay otra persona que pueda hacerlo, me decían. Entonces lo pensé un poco y decidí aceptar... Ya estaba suficientemente involucrado en Economía como para que no me importara el destino de la facultad. Es cierto que era una facultad joven, y con la rapidez con que evolucionaba todo, ya le hacía falta un *aggiornamento*, especialmente en Economía que era donde estaba más atrasada. Por eso acepté la candidatura y una vez que la acepté, me sentí comprometido a tener éxito. Eso me ha pasado en todas las cosas que he hecho en mi vida. Primero es un desafío bonito y luego el orgullo se pone en juego.

La noche que gané, me hicieron una celebración en mi casa. Yo estaba casado con mi primera mujer, la Pollito. Y llegó la Martita, sola, sin su marido a quien yo conocía bastante. No tenía más que una relación de amistad con ella. Me gustó mucho que hubiera ido. La estaba mirando desde lejos, mientras servía los tragos con mi amigo Mario Muñoz, arquitecto y socio en nuestra constructora. Él me miró y me dijo: 'Tú estás enamorado de esa mujer'. Me quedé helado. Fue la primera vez que tomé conciencia del hecho. No me había dado cuenta antes, en todos mis años de soltero y luego de casado, no lo sabía todavía, pero esa noche de la elección supe que era cierto que estaba enamorado de ella.

«La relación con Boeninger en esa época era ambivalente, por un lado para mí como estudiante, él era la autoridad y, nosotros, los embarcados en un proceso de reforma universitaria, queríamos cambiar a la autoridad. Por otra parte, tanto en esa época, como hoy, soy un admirador de lo que él hizo en la facultad. Se había desarrollado muy positivamente, tenía una buena instalación de cuatro institutos de investigación para una escuela, tenía separadas

las funciones de investigación y docencia. Había reunido un conjunto de gente que era variado, no había ningún sectarismo ideológico, era abierta. Estaba, por ejemplo, el Instituto de Ciencias Sociales con Eduardo Hamuy; donde llegó después Teotonio Dos Santos, un brasileño exiliado, muy radical y un líder de las alas más izquierdistas que teníamos en esa época. En el Instituto de Economía había otros investigadores y conocí a esta gente muy potente, no solo a Aníbal Pinto, sino que a muchos otros.

En 1968 fue la toma que hicimos justamente para sacar a la autoridad y darle cogobierno a los estudiantes. Ahí entré en relación con Edgardo Boeninger, él era decano, y, por tanto, para nosotros la reforma consistía en sacarlo a él y al director de la escuela. Lo primero fue la elección, la DC apoyó a Massad que era demócratacristiano, y yo era de la juventud demócratacristiana. Boeninger ganó la elección ampliamente, cosa que a nosotros nos dio rabia. Pero al mismo tiempo, un cierto gusto, porque, la verdad de las cosas, el hombre era atractivo. Ahí hay un período intermedio de varios meses porque se consideró por parte de la reforma que era el colmo que hubiera ganado, y de alguna manera se inventó una fórmula para ir de nuevo a una segunda elección.

Yo creo que voté por Massad, no me acuerdo bien. Lo importante es que a mí me produjo una contradicción porque en este período intermedio yo ingresé como representante estudiantil al consejo de la facultad, como presidente del Centro de Alumnos. Entre estas dos elecciones, se trabajó en crear esos estatutos, y yo empecé a tratar de entender por qué Boeninger había ganado la elección cuando las fuerzas más importantes apoyaban a Massad y las otras, de izquierda, a Salcedo. Y luego a entender que la facultad estaba administrada, yo diría plural y eficientemente; era un espacio de convivencia, de gente diversa, además de acogida de intelectuales extranjeros que venían huyendo de otras partes, era centro tanto de matemáticas como estadísticas, que tenían fuerte solidez. Entonces, había una gestión de la facultad bastante buena. Situación que introdujo una serie de conflictos intelectuales porque, en realidad, la facultad se veía atractivamente gestionada, pero nosotros estábamos por cambiar las cosas.

En la segunda elección, ya contó con mi apoyo privadamente y de nuevo ganó. En este período en el que trabajamos juntos por la facultad y la reforma, lo aprendí a apreciar y a entender sus valores. Tenía un concepto claro de lo que debía ser la universidad, ese concepto tenía un fundamento académico

y docente, y una lógica que luego se aplicó en muchas otras partes de la reforma. Yo diría que la facultad de Economía estaba adelantada, desde ese punto de vista, a los principios que inspiraron la reforma. Nosotros queríamos que la universidad dejara de ser una torre de marfil aislada de la sociedad, y yo te diría que la verdad es que la facultad de Economía estaba abierta a la sociedad, entonces, empezamos a apreciar que precisamente estábamos acusando y atando a una persona extremadamente inteligente y plural, con buena capacidad de gestión y muy abierto a temas políticos y humanos. Nosotros mismos éramos bastante testarudos, teníamos una pasión, un cierto fanatismo, y yo creo que él supo dialogar. Para mí fue una experiencia muy fuerte en el sentido de decir, el objetivo de la reforma era sacarlo a él y a un conjunto de autoridades, y resulta que la realidad era otra.»

JAIME ESTÉVEZ, julio 2008

«Sí, recuerdo con mucha pena aquella fiesta en la casa de Edgardo cuando salí decano. Esa fue la primera vez que salí sola. Había tenido una pelea con mi marido y él no quiso salir. Le dije que me iba a celebrar a Edgardo, y así lo hice. Esto marcó un hito para mí, pero no por lo que dice él, sino porque era la primera vez que salía sin mi marido en la noche. Mi matrimonio iba de mal en peor, mi marido era un hombre muy encantador, pero un poco irresponsable a veces... Y no sé por qué tomé la decisión de ir sola aquella noche.»

MARTA GÓMEZ, noviembre 2008

TRES VECES RECTOR

Le gustó ser decano y se fue entusiasmando con la chuchoca universitaria, como él la llama. Pero ser académico no era su principal vocación, prefería su trabajo en el Gobierno de Frei. Ya había ganado dos veces el decanato, sin partido político que lo respaldara, por eso el apetito de todos —y luego el suyo propio— empezó a crecer. Hasta que le ofrecieron ser candidato a rector. Ahí se quedó mudo, eso estaba por sobre

cualquier expectativa. Pero algo lo inspiraba a seguir. Está claro que su espíritu de competencia lo tenía muy desarrollado.

—En ese momento, el favorito para ser rector era el doctor Alfredo Jadresic, cercano al PC, que era decano de Medicina. Entonces, se me acercaron varias personas para decirme que yo era el único que podía ganarle. Uno de ellos era mi amigo Abraham Toledo, profesor de Administración, quien fue muy importante en mi decisión final. Lo pensé un poco. La universidad me entusiasmaba mucho. La Dirección de Presupuesto, después de cuatro años, me tenía un poco desgastado. Tenía cuarenta y cuatro años y me sentía viejo. Me puse a pensar en los grandes rectores de la Chile, como Juan Gómez Millas, a quien me había tocado conocer bastante; como Juvenal Hernández... Y pensé que yo no podía ser rector, que no iba a tener la altura para serlo. Tenía muchas dudas académicas de poderlo desempeñar. No tenía ninguna inquietud política para los tiempos difíciles que vendrían. Pero los otros posibles candidatos eran Eugenio Velasco, decano de Derecho, y Enrique D'Etigny, de Ingeniería. La verdad es que ambos tenían todas las condiciones para ser rectores, mucho más que yo. Enrique era un tipo extraordinario, con quien me hice muy amigo en los años que siguieron. Eugenio también llegó a ser un gran amigo. Pero en ese momento, ninguno tenía *chance* de ganar, porque eran conceptuados como de derecha y yo no, porque no era nada y tenía amistades en todas partes.

—Entonces aceptó...

—Acepté. Ahí empezó el primer problema: tenía que elegir a un candidato a secretario general, que iba en lista aparte. Fue a hablar conmigo don Jorge Iván Hübner, un ultraconservador, junto a un grupo de profesores de Derecho. Me dijo que estaban dispuestos a apoyar mi candidatura pero con la condición que el secretario general fuera un hombre de Derecho, como el abogado Pablo Rodríguez Grez, más tarde dirigente del movimiento Patria y Libertad y actual abogado de la familia Pinochet, y que a la sazón era radical.

Yo ya tenía una mala impresión de Pablo Rodríguez, me parecía muy prepotente y arrogante. Les contesté que lo iba a pensar. Me fui a mi casa. Y se me ocurrió una solución: Octavio Maira. Era profesor asistente de la facultad de Derecho y tenía dos particularidades: era primo

hermano de la Martita, que es Gómez Maira, y yo lo conocía bastante. La otra particularidad es que trabajaba en la oficina de Pablo Rodríguez. Él era mi solución. Así se lo planteé a los profesores de Derecho y se tuvieron que comer el buey.

En la primera vuelta, Jadresic me ganó por poco, y el tercero que era Fernando Vargas, estaba mucho más abajo. Se cumplió el pronóstico de los que me habían ofrecido la candidatura: que los votantes de Vargas, votarían por mí. Así fue y gané la elección.

De los candidatos a secretario general, el que iba con Jadresic era Ricardo Lagos, que tampoco tenía militancia política pero era un hombre progresista. Y le ganó lejos a Octavio Maira, a quien nadie conocía. Por eso desde 1969 hasta 1971 trabajamos juntos con Ricardo. Ya lo conocía en el Instituto de Economía, pero ahí lo conocí más. Tuvimos una relación muy correcta. Nunca fuimos amigos en ese tiempo. Ahí se produjo la elección presidencial en que ganó la Unidad popular y él era partidario de la UP y yo no.

Cuando se aprobaron los nuevos estatutos, en 1972, íbamos en la misma lista los candidatos a rector y los secretarios generales. Ricardo Lagos postuló nuevamente a secretario general en la lista de Eduardo Novoa. Conmigo fue Raúl Bitrán, que era vicerrector de la sede de La Serena, un científico, muy buen tipo. Les ganamos esa segunda elección a Novoa y a Lagos. Ahí se fue Ricardo (Lagos) de la universidad.

En definitiva, fue rector de la Universidad de Chile desde 1969 hasta 1973, ganando tres elecciones muy peleadas. Pero el apoyo se fue haciendo cada vez más masivo y traspasó las fronteras de la universidad. También estuvo cada vez más consciente de su rol como rector y le fue tomando el gusto al poder, aunque no lo reconozca con esas palabras. Tal vez queda más claro si decimos que se fue haciendo un luchador por sus ideas, y dejó de tener inseguridad frente a los fantasmas que al comienzo lo intimidaron, antes de aceptar el cargo.

Muchas veces, por diferentes motivos hablamos de sus años como rector. Me gustaba volver sobre los mismos temas intentando pasar el rastrillo por las historias ya contadas para encontrar las piedrecitas rezagadas. Varias semanas después, me topé con una que no había soltado antes.

—En 1972, cuando el candidato que levantó Allende era Felipe Herrera, presidente de la UNCTAD y ex presidente del BID, y mis intenciones eran ir a la reelección, se me acercó Juan Gómez Millas, ex rector, ex ministro de Educación, gran amigo mío. Estábamos veraneando con la Martita y los chiquillos en las Rocas de Santo Domingo y me llama Juan Gómez desde Santiago. Me dice que quiere hablar conmigo. Ya se estaba hablando de mi candidatura, la elección contra Herrera iba a ser en mayo o junio, y me decían ‘te puede ganar’ y yo decía ‘Herrera no me va a ganar, pude haber perdido con Jadresic y con Novoa, pero Felipe Herrera no tiene llegada, no conoce la universidad, no es un adversario peligroso’. Mi campaña por la Rectoría, dije, va a empezar en marzo, no antes, y me fui a veranear. Pero me fue a ver Juan Gómez Millas a la playa. Nos fuimos a pasear por unos bosques y todo su tema era que él quería volver a ser rector. Me trató de convencer de que después de dos períodos, yo ya estaba sobrevendido y en malas relaciones con el Gobierno; que la universidad necesitaba un tipo más componedor que yo, que era muy agresivo. A pesar de todo, fue una conversación amistosa y le dije ‘lo siento, don Juan, pero yo estoy decidido a postular a la reelección y no estoy de acuerdo con su diagnóstico. Creo que la universidad necesita a alguien que la defienda de la politización extrema, y yo estoy dispuesto a seguir lo más que pueda, y además, para mí esto ya es un desafío, no voy a abandonar el buque a mitad de camino. Así es que lo siento mucho, pero voy a ser candidato’. Nunca tuve dudas y no me iba a bajar porque me lo dijera Juan Gómez Millas. Viejo muy diablo, don Juan, pero se fue con la cola entre las piernas y esto no tuvo ninguna consecuencia, que yo sepa. No volvimos a tocar el tema.

—Difícil debe haber sido decirle que no a una persona a quien usted le tenía tanta admiración.

—Mucha, nunca dejé de admirar lo que él había sido como rector; él fue quien hizo la Universidad de Chile, porque le introdujo la ciencia y le dio importancia, cosa que la universidad no había tenido antes. Sin embargo, le dije que no con toda tranquilidad, así de convencido estaba de lo que yo quería hacer por la universidad.

A propósito de esto me gustaría contarte una anécdota: Jaime Cele-dón que era amigo mío y a quien yo había puesto a cargo del canal de

televisión de la universidad el año 1969, decía en ese tiempo que él era del MAPU, uno de los partidos de la Unidad Popular. Chacoteaba con su cercanía con la izquierda, pero como nunca habla en serio, ni le creí. Sin embargo, a esas alturas del año 1973, él tenía mucho contacto con la oposición de derecha. Un día me convidó a una reunión a su casa. Fui y me encontré con un espectáculo bastante notable. Estaban Jaime Guzmán, algunos dirigentes empresariales connotados de la época como Julio Bazán, presidente de una coordinadora empresarial, y Hugo León del gremio de transportistas. Había como quince personas que constituían el núcleo duro de la resistencia política y gremial a la Unidad Popular.

La reunión, convocada por Jaime Guzmán, consideraba que este movimiento contrario a la UP necesitaba un liderazgo. Y en vista de la popularidad nacional que yo tenía, me insinuaron que yo fuera el líder. Los miré y les dije que los problemas del país, que son muy complicados y muy graves, tenían que abordarlos los partidos políticos. Y esta no era la hora de descubrir líderes sacados del sombrero. Así es que me hice a un lado y me fui para la casa. Ni por un segundo dudé en no aceptar. Deben haber quedado bien desconcertados.

—¿Por qué no tenía instalado el bicho político, si ya estaba gozando del poder?

—En este caso era porque simplemente no tenía nada en común con la gente de derecha. Cultural y valóricamente no tenía nada que ver con ellos. Nunca me simpatizó el gremialismo.

—Pero usted estaba enarbolando precisamente esa bandera en Chile, quería que los estudiantes estudiaran y su enemigo era el Gobierno de Allende, igual que el gremialismo.

—El Gobierno no era enemigo porque fuera de izquierda, sino porque ellos tenían una posición hegemónica y alentaban un prototipo de populismo democrático, de revolución, que yo no compartía. Pero sobre todo, porque tenían pretensiones con respecto a la universidad que me parecían inaceptables. No me sentía líder político de nada. Me sentía rector de la Universidad de Chile y, como tal, bien ubicado en el mapa del enfrentamiento.

—¿Estaba tironeado?

—No, porque no tenía aspiración política alguna.

—¿En esa reunión conoció a Jaime Guzmán?

—No, había ido un par de veces al programa *A esta hora se improvisa* (programa político de conversación conducido por Jaime Celedón, en el que Jaime Guzmán era panelista. Canal 13 TV, 1971-74). Ahí habíamos tenido la oportunidad de hablar, pero nada más.

—¿Recuerda algún momento particularmente agresivo en la universidad?

—El más bravo que he tenido nunca, fue cuando fui al Pedagógico, que era un centro muy revolucionario. Había un barullo feroz y alguien me gritó que a través mío, la oligarquía tenía ocupada la Universidad de Chile. Un *slogan* así. Yo le contesté: ‘Lo que está ocupado por fuerzas desquiciadas es el Pedagógico, ¿donde yo estoy parado!’

Se ríe al recordar que sí, que tenía capacidad de pelea. Porque después en su vida ha sido un componedor de fuerzas, un buscador de consensos, un negociador. Le fascina evocar sus enfrentamientos al interior del Consejo Superior de la universidad. También debe ser porque se recuerda joven y combativo. Debe haber desarrollado un cuero muy duro, en todo caso, para tolerar los insultos. Sólo con hojear el diario *Puro Chile* de esos años, uno se hace la idea del tono general de las agresiones al rector. El 26 de enero de 1973, el *Puro Chile* le dedica el Huevo de Oro al rector Boeninger y los fundamentos del premio son de este tenor: «Porque como siempre ha sido un fascista emboscado y ahora abierto, está manejando a su entero arbitrio los fondos de la universidad, como si fueran suyos; porque es un agitador político que usa su cargo para hacer proselitismo persiguiendo a todo aquel que tenga olor a izquierdista...; porque armó un chanchullo para eliminar a los periodistas de Canal 9, a fin de poner a puros momios...»

—Muy pocas veces en mi vida me he enojado (dice sin dulzura, solamente estableciendo un hecho).

«Boeninger y mi papá (Eugenio Velasco) fueron decanos al mismo tiempo: mi viejo de la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales; Boeninger, de Economía. Después él fue rector y mi viejo trabajó muy estrechamente con él. No fue una época universitaria común y corriente: era una época con tomas, retomas y contratomas; con un carabinero de punto fijo fuera de mi casa. Más allá de eso, Boeninger y mi padre eran amigos, muy compinches: compartían mucho en familia y eran dados a largas conversaciones. En la casa que teníamos en La Serena, más de alguna vez Boeninger con su señora llegaron a quedarse y compartir con mis papás. Existía la coincidencia que las dos señoras se llamaban Martita y eso generaba enredos y tallas. Yo tenía unos ocho años, pero tengo recuerdos muy lindos de esa época, cuando Boeninger llegaba a mi casa y se quedaba con mi papá conversando hasta muy tarde y cada tanto se escuchaban grandes carcajadas.»

ANDRÉS VELASCO, marzo 2009

«Yo estaba dando clases en la Universidad Católica, en absoluto involucrado en el lío político de ese tiempo. Tratábamos de jugar el rol de ser objetivos. No estábamos de acuerdo ni con la postura del Gobierno de Allende ni con la de la Democracia Cristiana, que era oposición dura. Un domingo fui al cine Las Condes, y en ese tiempo daban noticiarios. Como estábamos en la UP, todo era gratis y estaba lleno el teatro. De repente sale algún lío de la Universidad de Chile, entra en escena Edgardo Boeninger, rector de la Chile, y el teatro explota en aplausos. Ahí me di cuenta que él se había convertido en un símbolo de la resistencia dentro de las universidades al pensamiento de la UP, y que tenía mucho respaldo.»

ALEJANDRO FOXLEY, octubre 2008

«Cuando di la Prueba de Aptitud Académica, me sobró puntaje para estudiar lo que yo quisiera, pero no me quise ir a la Universidad de Chile porque no quería ser la hija del rector. Me cargaba la idea, y, cuando me metí a la Católica, todos me empezaron a buscar para afiliarme políticamente. Yo era democratacristiana, pero como estaba en rebelión contra mi padre, casi me

afilié al Movimiento Gremial. En el diario Clarín de la época, que tengo guardado, escribieron «cómo será de mala la Chile que la hija del rector se va a la Católica.»

IRIS BOENINGER, agosto 2008

«No se enoja nunca. Es de una gran serenidad. A ver, déjame pensar... Lo vi una sola vez enojado, indignado. Una vez en toda mi vida, y fue cuando en el diario La Época, hicieron una reseña de cada uno de los ministros y sus señoras del recién inaugurado Gobierno de Aylwin. Y en la corta biografía de Edgardo decía que estaba casado con su primera mujer. Estaba furibundo...»

MARTA GÓMEZ, noviembre 2008

«Era chica y acompañaba a mi mamá a preparar las fiestas de Navidad que organizaba la Universidad de Chile. Hacíamos los paquetes de regalo y organizábamos los premios y cosas así. Yo me sentía como pavo real por ser hija del rector.»

MARÍA GABRIELA (MALLE) MUÑOZ GÓMEZ, marzo 2009

HASTA QUE LLEGA A LA POLÍTICA

Contesta su celular. Da una explicación amable. No quiere entrevistas. «Ya sé que me van a preguntar por la situación actual de la Concertación y yo no voy a mentir. Nunca miento y los periodistas lo saben. Por eso quieren entrevistarme. Pero yo no voy a decir lo que pienso sobre el tema en este momento...» Por eso apaga definitivamente el celular. Estamos en octubre de 2008.

—**Póngalo en silencio...**

—No sé hacer eso. Prefiero definitivamente apagarlo.

—¿Y sabe escuchar los mensajes de voz? Porque no me responde cuando le dejo preguntas en su buzón de voz.

—No, tampoco sé. Y no aprendo porque no me interesa. Si alguien quiere hablar conmigo, me volverá a llamar. ¿Para qué voy a estar escuchando un mensaje?

Resulta razonable, también. No usa internet ni tiene computador. Dice que no lo necesita, que prefiere leer los diarios, escribir las cartas y sus documentos, todo en papel. Siempre tiene una secretaria que le descifra su letra y al corregir, aprovecha de hacer cambios sustantivos. Supone que lo virtual se le volaría entre los dedos. Tiene la clásica argumentación de los señores mayores que en realidad no se atrevieron a entrar y por eso no saben lo que se pierden. Siempre tienen razones atendibles para justificar el pánico al mundo virtual. Lo curioso es que a este «señor mayor» no le viene en absoluto haberse restado de un fenómeno tan trascendente. Porque en todo lo demás es un aventurero intelectual, siempre traspasando fronteras, desafiándose a sí mismo.

—¿Por qué no se ha metido al mundo de la computación?

—Probablemente por la misma razón por la cual dejé de jugar ajedrez. Cuando estudiaba ingeniería y aprendí a jugar, tenía muchas condiciones, al poco tiempo estaba jugando con tipos de primera categoría. Lo empecé a estudiar, me encerraba, y me rebelé contra eso, no quería ser esclavo del ajedrez. Le pegué un portazo.

En la computación, al principio no me metí, porque soy un tipo básicamente muy torpe de manos. Y el asunto del *mouse* era una cosa bastante misteriosa. Quizás, entonces no me atreví. Y después lo racionalicé 'no me hace falta'. Y luego vino la segunda etapa: si me meto, puede ser una adicción, porque las cosas que uno puede hacer son infinitas. Y yo soy un tipo muy curioso, me gusta saber de todo, a toda hora. Así es que me podría pasar noches enteras indagando las cosas más diversas en distintas partes del mundo. Y eso lo hago una vez a la semana cuando leo el *Economist*, que para mi gusto es lo mejor que hay en revistas, y me voy informando de lo que pasa en el mundo. Pero esta otra cosa de la información casi infinita, instantánea... Me voy a atiborrar de información que no necesito, que no me interesa, y me va a generar una adicción que me va a privar de muchas cosas que me gustan.

—**¿Qué es lo que al final lo empuja a la política?**

—He tenido actividades muy variadas desde que me recibí de ingeniero civil. Además de la oficina de cálculos de estructura y luego de construcciones, la matriz de mi actividad, desde el año 1959, es el sector público. En mis genes había una predisposición, un interés por las cosas colectivas. Nacionales e internacionales. He sido abierto al mundo, internacionalmente hablando, siempre fui una persona preocupada de lo que pasaba en la «cochinchina» durante la guerra...

—**¿Cómo lo hacía sin internet?**

—Leía todos los diarios, que tenían mucha información internacional. Escuchaba radio. Había más información internacional, porque ahora entre los crímenes, la cosa interna, la delincuencia, lo demás quedó muy sintetizado. El *Economist* lo leo todas las semanas, no sé desde cuándo. Esos dos intereses tenían mucho que ver con mi actitud frente a la vida. Si hay algo que no soy es nacionalista. Claro, yo quiero mucho a Chile, pero no me habría costado nada vivir en Inglaterra, en Estados Unidos, en Italia, en Australia.

—**¿Será por sus genes de inmigrante?**

—No sé, pero sí sé que por una reacción infantil negativa contra mi padre, yo era muy antialemán. Durante la guerra, yo estaba cursando el sexto año de humanidades en los hermanos maristas. Era un curso de ocho personas, no éramos más, y nos dividimos entre pro Aliados y pro Eje. Yo era de los dos o tres pro Aliados. Me pesó mucho mi pasada por el *Grange* y una cierta animadversión por lo alemán.

—**Con cara de alemán y apellido alemán, ¿no lo molestaban los compañeros?**

—No, porque era confuso. Como era muy rubio, también podía ser inglés. (Se ríe fuerte). Pero para contestarte a lo de la política... Tenía muchos amigos de diferentes sectores y ninguno era político. Los de ingeniería, los de economía. Tenía un círculo de amigos muy cercano, que nos visitábamos en las casas, con la Pollito. Eran todos de diversas profesiones. Dos de ellos jugaban en el equipo de ping-pong de la Católica, y por ahí yo llegué al grupo. Teníamos grandes discusiones con respecto

a las cosas del mundo y del país. Yo participaba muy activamente y si quiero recordar hacia atrás, tenía un cierto liderazgo en mis opiniones. La gente me escuchaba y yo me preocupaba de estar muy informado.

—Pero aunque no hubiera nada político partidista, tiene que haber tenido alguna tendencia. ¿Le importaba la justicia social, por ejemplo?

—No. A diferencia de la mayoría de los jóvenes de entonces, yo era muy poco preocupado de lo social. Miraba como observador lo público y tenía la convicción íntima de querer trabajar en cosas públicas. Ni cuando estudiaba economía se me habría ocurrido buscar pega en una empresa privada. No me interesaba.

—¿Y qué le interesaba de trabajar como ingeniero de Tránsito en la Municipalidad de Santiago?

—Me interesaba porque lo municipal era público. Tenía que preocuparme de los semáforos de la calle, de los sentidos del tránsito de Santiago, de los primeros pasos urbanísticos de la ciudad.

—¿Qué era lo público para usted?

—El servicio público, tratar de hacerlo bien en materias que eran de interés colectivo, que afectaban a la comunidad en su conjunto. Ahí me importaba hacer un aporte. Incluso me convencí de que estudiar Derecho —ésa había sido mi utopía— a mi edad, ya era una locura. Entonces opté por mi *second best*: la economía, una carrera muy nueva. Ese fue mi primer salto al mundo público. El segundo salto fue haber aceptado ser asesor económico de la Dirección de Presupuesto.

Ahí caí altiro en un cargo importante. Era el tercero: el director, Sergio Molina; la sub directora, Victoria Arellano, hermana del general Arellano Stark, (general procesado por su participación en la Caravana de la Muerte en octubre de 1973). Ella es una gran persona, muy, muy amiga; y los terceros éramos Javier Vergara y yo.

Sergio nos encomendó que redactáramos la nueva Ley Orgánica de Presupuesto. Había una delegación de facultades otorgadas por el Congreso y teníamos que hacer este DFL1 (Decreto con Fuerza de Ley número uno), que fue la Ley de Presupuesto aprobada, y que estuvo vigente hasta hace pocos años. Entonces, yo me fui entusiasmando. No sé, no es que

hiciera filosofía sobre el tema, pero estaba cómodo ahí, sentía con mi mentalidad racionalista, que si hacíamos bien las cosas, la gente se beneficiaría.

—Pero vamos al fondo del tema. Está claro que le gusta el servicio público y prefiere las causas colectivas que las privadas. Pero, ¿cuál era su objetivo más profundo?

—Mi punto de partida, desde que era bastante chiquillo, era creer en la libertad y por ahí llegué a la democracia. Otros llegaron por distintos lados, pero yo llegué por la libertad. El proceso democrático y el ritual de la democracia es un ejercicio de libertad, empezando por las elecciones.

Como no tengo una creencia religiosa, no podría llegar a conclusiones de orden social y político a partir de una determinada doctrina, ni la Doctrina Social de la Iglesia ni el Humanismo Cristiano ni las enseñanzas de la masonería... Lo mío era mucho más simple: sentí la necesidad del ejercicio de la libertad, lo que es consustancial a la democracia. Recuerdo que cuando era estudiante, el año 1932, hubo tres precandidaturas presidenciales, de derecha todas, entre las cuales una era de Arturo Alessandri Palma, el viejo León. Y mi reflexión fue que yo era partidario del León, porque era un liberal. Para que veas que el origen de lo liberal es muy antiguo en mí.

También el de la democracia. Yo quería una equivalencia entre los seres humanos, lo que significa que todos los seres humanos tienen derecho a la misma libertad. De ahí derivé en el concepto de *igual libertad*.

—¿Algún autor lo inspiró particularmente?

—Uno de los libros que más me marcó entonces fue *La teoría de la justicia* del inglés John Rawls. Por allí llegué al término de *igual libertad*. Hay que acordarse de que hay épocas en que a muchos se le negaron los derechos políticos, pero cuando los tuvieron fueron iguales para todos. La mujer no tenía derecho a voto, pero cuando se le otorgó, fue definitivo. Nunca se dijo que el voto de la mujer valía la mitad que el del hombre... (se ríe). La libertad política era por naturaleza igualitaria y también existía la libertad de conciencia, en el sentido de que cada uno cree lo que le parece. Por eso, a mí me resultó natural creer en la libertad económica, lo que no le pasó a la mayoría de los democratacristianos. Porque al final, el emprendimiento es parte del ejercicio de la libertad. Y

también el mercado, que de un modo misterioso resuelve las iniciativas de la gente. Después me di cuenta de que la *igual libertad* no se producía en la libertad económica, porque hay una diferencia fundamental: la libertad política es igualitaria constitucionalmente; la económica tiende más bien, por muchas razones, a generar diferencias mayores. Razones como el mérito, el esfuerzo, cuánta iniciativa tiene la gente, por un lado. Y, por otro, el ahorro acumulado, un capital que se multiplica y forma los patrimonios. Por lo tanto, si la libertad económica tiene un elemento de desigualdad intrínseco, no puede resolver el tema de la *igual libertad*.

Los teóricos más radicales plantean el tema del *chorreo*, pero a partir de mi experiencia de vida, he concluido de que si se da el *chorreo*, es en un tiempo muy largo y sin la garantía de que se produzca. Los plazos largos resultan incompatibles con las aspiraciones del ser humano. No le puedo decir a una familia que en cien años más su nieto será igual al nieto del patrón. Por ese lado llegué a pensar que era necesaria una mano correctora para que la libertad económica no tuviera como efecto la mayor desigualdad. Había que cambiar el rol del Estado.

—Por eso usted, en plenos años sesenta no rechazaba el capitalismo, como todos los progresistas. Era curiosa su postura, porque como rector era tan anti Unidad Popular y, al mismo tiempo, tan pluralista y progresista.

—Nunca rechacé el capitalismo, me parecía un hecho razonable de la vida y nunca creí que fuera el culpable de las desigualdades. Lo que sí se me ocurrió fue pensar que la libertad tiene sus excesos. En nombre de la libertad yo me puedo emborrachar todos los días y resulta que le causo un daño horroroso a mucha gente. Así también, la libertad económica produce excesos que causan daños. Esa no es la sociedad que uno quisiera ver a futuro. Supongo que eso es lo que me llevó a ser lo que soy hoy día, un liberal socialdemócrata.

«Empezamos a realizar un cambio en lo que era toda la estructura de la elaboración del presupuesto y a trabajar nuestra nueva legislación tributaria con Edgardo y Javier Vergara. En la práctica fue el germen de lo que es hoy. Nosotros la concebimos hace cincuenta años.»

Yo tenía 25 y Edgardo 28 años. Él se metió profundamente en todo lo que era la estructura de presupuesto y las condiciones modernas. Todo lo hacía con mucha seriedad y rigurosidad, entonces yo podía descansar en él. Además éramos amigos, nos juntábamos después de nuestras horas de oficina y podíamos conversar de cualquier tema.»

SERGIO MOLINA, julio 2008

«Es muy curioso porque Edgardo, siendo Boeninger Kausel, es lo menos alemán que he visto. Porque es abierto de mente, nunca le he escuchado hablar mal de nadie. Es el alemán más raro. Lo único que tiene de alemán es el orden, tiene más orden mental que nadie. Puede ser desordenado en los papeles pero tiene un orden mental brutal, esa mezcla de ingeniero alemán lo hace ser tremendamente ordenado. Pero no tiene nada de 'otto', le encanta bailar, le encanta la música, y no es wagneriano.»

HECTOR ASSAEL, septiembre 2008

«Yo lo definiría más bien como un liberal-social. Más bien de esa vertiente. No corresponde al tronco cultural de la DC, no tiene esa formación católica, social cristiana, como la tiene don Patricio. Don Patricio encuentra que el mercado es cruel, Edgardo es un capitalista convencido.

En el tema de la desigualdad, Edgardo siempre tiende a pensar que se requiere, primero, un largo período de crecimiento; después, regulación. Algo un poquito más sofisticado que el llamado chorreo. Sí cree en políticas sociales de nivelación de competencias, ahí tenemos un terreno común, pero no cree que se puedan hacer políticas más activas en igualdad, en redistribución. Hay que entrar en esos debates, en la cuestión tributaria, negociación colectiva, etc. Y Edgardo siempre teme que esas políticas puedan detener el crecimiento u obstaculizar, amenazar. Es demasiado cauto al respecto.»

JAIME GAZMURI, octubre 2008

EL GOLPE DE ESTADO

El servicio público lo había llevado también a la Universidad de Chile. Su postura política —con esa asepsia que creía tener entonces por el hecho de no ser militante de algún partido— fue adquiriendo forma y fuerza, convirtiendo a este rector no político en uno de los más fuertes adversarios del Gobierno de Allende.

No obstante, su actitud frente al puzzle de partidos e intereses del momento no era convencional. Aborrecía al gobierno de la Unidad Popular, pero no aspiraba a un golpe militar porque de verdad quería una universidad en la que se estudiara; chocaba permanentemente con los comunistas, pero defendía a sus profesores de izquierda con manos y uñas porque eran buenos profesores. Dicen que su caricatura con el bigote de Hitler estaba pintada en las paredes de las ciudades, sin embargo, era opositor al nazismo desde los doce años. En el fondo, era un tipo profundamente democrático e independiente y los acontecimientos de ese tiempo lo convirtieron en símbolo de un país dolorosamente dividido.

—Ya sabía que el golpe militar era inminente. Había una acumulación de factores que no dejaban lugar a otro desenlace. El primero era un sentimiento social fuerte con el desorden total que había en el país. En agosto de 1973 la inflación había llegado al quinientos por ciento, había desabastecimiento hasta de pan y las colas inundaban las ciudades. El segundo era la presión de los políticos civiles, de varios partidos incluso de la Democracia Cristiana, urgiendo a los militares a realizar una intervención. Salían las mujeres con sus cacerolas y los insultaban. Tercero: Estados Unidos estaba financiando asambleas y huelgas, así como actividades civiles de oposición a Allende. Pero yo no creo que haya sido determinante en el golpe. No creo que le financiaran nada a los militares, no les tenían ninguna simpatía. Los factores importantes eran los internos, no los externos.

Un par de meses antes, como a fines de julio, Patricio Aylwin, presidente de la DC, me pidió que participara en la preparación de un memorándum para su partido sobre la inminencia del golpe militar. Nos juntamos con Jaime Lavados, Claudio Orrego padre y Álvaro García padre, en la casa de éste, y comenzamos a escribir unas tres o cuatro

páginas. Establecíamos que Allende no podía seguir gobernando, que un golpe militar era inevitable y que tendría las características de un golpe gorila.

Como yo tenía la experiencia de establecer una fórmula para convocar a reelecciones en la Universidad de Chile, propuse en este pequeño documento que tanto el presidente Allende como todos los parlamentarios renunciaran a sus cargos, depositaran sus renunciaciones en una notaría y se convocara a una nueva elección presidencial y parlamentaria. Así quedó escrito y fue lo que le entregamos a Aylwin. Comenzaron las conversaciones con los parlamentarios y muchos estaban dispuestos a entregar sus renunciaciones. El día fijado en la notaría era el 13 de septiembre de 1973.

Nada de aquello fue posible. Sin embargo, el 11 de septiembre, el día del golpe, recuerdo haber pensado con alivio 'por fin se acabó el Gobierno de Allende'.

Se echa para atrás en un sillón de la oficina, come una de las galletas Tritón que nos han puesto sobre la mesa con el café, y recuerda lo que ocurrió después del 11 de septiembre de 1973, porque el alivio le duró muy poco. Casi inmediatamente después se dio cuenta de lo que un régimen militar le significaba a su paradigma de universidad pluralista.

A mediados de septiembre de 1973, cuando terminó el gran toque de queda *post* golpe, Boeninger se reincorporó a la Rectoría de la universidad. Ahí se enteró de algunas muertes de profesores y pudo percibir el ambiente complicado al interior, porque había divisiones notorias en el cuerpo académico. Le llegó el rumor de que en la sede de Valparaíso estarían soplando vientos de intervención militar, propiciada por los propios profesores DC para que los militares hicieran una «limpieza» y sacaran a todos los profesores marxistas.

Que su propia gente estuviera discriminando a otros académicos indignó a Boeninger, quien tomó su auto y partió solo a Valparaíso a verificar la verdad del rumor. Allí se reunió con los profesores, cuya vocería la llevaba el doctor Eduardo Venezian y José Guzmán. Era cierto. El grupo de académicos anti UP, muy cercanos al rector por lo demás, querían que se hiciera esta operación. El rector les hizo un planteamiento en el sentido de que los cambios al interior de la universidad tenían que ser decididos y llevados a cabo por los propios académicos y no por los militares. No hubo acuerdo.

Su amigo Juan Hamilton conocía al almirante Hugo Castro, quien se presumía sería el próximo ministro de Educación del Gobierno militar. Le ofreció a su amigo Edgardo organizar una reunión con el almirante, en la casa de este en Reñaca, para establecer un diálogo a propósito de la posible intervención de la Universidad de Chile.

—Fuimos los dos. Hablamos del clima, luego de la reconciliación nacional y su importancia para el país. Por ahí entramos en materia. Le expliqué mi posición con respecto a que cualquier reestructuración de la universidad debían hacerla los académicos. Entonces me contestó que ‘nosotros los militares hemos intervenido la empresa portuaria, donde hay muchos menos marxistas que en la Universidad de Chile. ¿Cómo no vamos a intervenir la universidad para sacarlos a todos?’

A partir de ese momento, comprendí que no tenía nada más que decir. Nos despedimos cortésmente y nos fuimos. Agarré el auto y me fui rumiando todo lo acontecido. Llegando a Santiago, a mi oficina, le pedí a mi secretaria que citara a toda la gente del frente universitario, el grupo que me había apoyado, a una asamblea a las cinco de la tarde en el salón de honor de la universidad.

A esa hora, el salón estaba repleto de gente, de derecha y de centro. Les di una explicación de lo que había pasado, de la intervención que querían hacer. Les dije que yo no podía aceptarlo. ‘Les he pedido que nos juntemos acá porque yo quiero renunciar ante ustedes. Quiero agradecerles la confianza, pero me voy.’

Aunque todavía no estuviera intervenida oficialmente la U, lo estaban haciendo por debajo. René Silva Espejo, el director de *El Mercurio*, y otros me pedían que me quedara mientras pudiera. Yo no aceptaría que echaran a los profesores de izquierda ni tantas otras cosas. Si me quedaba me iba a convertir en un monigote. No. Antes de serlo, decidí pararme. No podía aceptarlo. Los civiles del frente universitario, con toda la derecha, además de los democratacristianos, querían echar a toda la gente de izquierda. Y para eso necesitaban a los militares.

—¿Alcanzaron a intervenirla?

—No. Pero yo estaba previniendo el tema de la intervención y de la autonomía de la universidad. Le di muchas gracias a la asamblea. Hubo un gran aplauso y me fui a mi casa.

Quedé contento, sentí que había hecho lo que tenía que hacer. Que había cumplido con mi deber. Lo rumié a partir del instante en que mi gestión en Valparaíso con mi propia gente, fracasó. Después, la reunión con Castro fue la guinda de la torta, ahí comprendí que estos gallos no entendían nada y no me quedaba más que partir.

—Fue a buscar sus cosas a su oficina y las puso en una caja... ¿Así de cinematográfico?

—No. Dejé todo en mi oficina y me fui. Pero a la mañana siguiente recibí un llamado de René Silva Espejo. ‘Mire, Edgardo, lo llamo por encargo de la Junta. Quería preguntarle si usted está dispuesto a reunirse con ellos.’ Le dije que sí, que siempre estaba dispuesto a reunirme con quien quisiera reunirse conmigo. Fijamos un día.

A esa primera reunión creo que me acompañó Enrique D’Etigny. En todo caso, yo era el único rector presente. Ya nos habíamos dado cuenta de que todos los otros rectores no estaban conmigo, salvo Enrique Kirberg, de la Universidad Técnica del Estado, que a esas alturas estaba desaparecido. Fui a la calle Gálvez, al llegar a la Alameda. Me recibieron en una sala grande. En la cabecera de la mesa, Pinochet; al frente mío, el general Leigh, el general Mendoza y el general González, así creo que se llamaba el secretario de la Junta. Al lado mío, el almirante Merino. El comienzo de la reunión fue muy gracioso, porque apenas nos sentamos, Merino se mete la mano al bolsillo, ‘desenguaraca’ un revólver y lo deja arriba de la mesa. Parece que así funcionaba la seguridad. Pinochet dice ‘quisiéramos escuchar las razones del señor rector’. Entonces yo expliqué lo que yo pensaba, centrándome en el tema de la autonomía, de la limpieza que querían hacer con los académicos... Me escucharon con mucha atención y cuando terminé, se produjo un silencio. No estaba el ministro de Educación subrogante, que era un civil, un señor Navarro. Toma la palabra Leigh y dice ‘el rector ha hecho una exposición seria y nosotros tenemos que meditarla’. Nadie más abrió la boca. Nos paramos, Merino recogió su revólver y me dice por lo bajo, ‘Oiga, rector, supongo que con esto usted no se va a ir’. Y yo le contesté, ‘Almirante, depende de ustedes’. Eso fue todo.

Pasaron unos días y me volvieron a llamar para la segunda reunión. Me llamó nuevamente René Silva y me dijo que si yo les podía mandar

una minuta con mis puntos de vista básicos. ‘Encantado’, le contesté. Escribí una minuta telegráfica de cuatro páginas. Quise ser lo más diplomático posible. El primer punto decía, Objetivos comunes: la reconstrucción del país. Y luego terminaba con cosas más duras. A esa reunión fueron todos los rectores más el secretario del Consejo de Rectores que era Iván Lavados y el asesor jurídico que era Máximo Pacheco Gómez. Nuevamente asistieron los generales de la Junta Militar, además del ministro de Educación ya nombrado, almirante Hugo Castro. Merino sacó su revólver y lo puso sobre la mesa. Yo tenía una copia de la minuta que me habían pedido a través de Silva Espejo. A mi izquierda estaba el ministro Castro y vi que tenía encima mi minuta entera rallada y garabateada con lápiz rojo... Pinochet abre la sesión y dice ‘en la reunión pasada escuchamos al señor rector y ahora vamos a dar la posición del Gobierno’. Le da la palabra al ministro de Educación. Empezó a hablar y la expectación nos duró sólo quince segundos. Empezó diciendo ‘en esta minuta dice Objetivos Comunes; pero resulta que no hay más objetivos que los de la Junta Militar de Gobierno, y los demás ciudadanos tienen la obligación de obedecer incondicionalmente.’ El resto de su intervención fue rebatir todo lo planteado. Todo. Al final anunció que se nombrarían rectores delegados, así se los llamó.

Pide la palabra el abogado Alfredo Etcheberry, rector subrogante de la Universidad Católica, en representación de Fernando Castillo que estaba enfermo. ‘General, yo tengo una sola sugerencia, ¿por qué en lugar de llamarlos rectores delegados no los llaman firmemente delegados? (Se ríe a carcajadas). Me costó mucho no largarme a reír. A los militares no se les movió un músculo. Siguió la reunión y Pinochet le dio la palabra a Miguel Campos, un ex cura, rector de la Universidad del Norte, el más proclive, con Enrique Kirberg, a la Unidad Popular. El otro bastante proclive a la UP era William Thayer, rector de la Universidad Austral, a quien siempre le ha gustado estar cerca del poder. A mí me reclamaba que yo era muy duro con la Unidad Popular.

Pide la palabra Campos. ‘Mire, mi general, tengo una larga trayectoria universitaria —citó tres o cuatro cosas que había hecho— y quería señalar que me gustaría poner toda mi experiencia a disposición de la Junta para lo que se les pueda ofrecer.’ Silencio sepulcral del resto.

Terminó la reunión, nos dimos la mano con Pinochet. Hubo algo que no olvidaré nunca. Y te lo cuento porque estas cosas no me resultaban muy dramáticas, mucho más les veía su lado humorístico. Nos fuimos caminando por la Alameda para arriba, entre Gálvez y San Diego. Me encontré de repente al lado de Iván Lavados y un par de pasos adelante iba Miguel Campos. Iván andaba con un porta documentos enorme. Es muy bueno para la talla. Así es que en un momento empezó a darle carterazos en el trasero a Campos. Campos no se dio por aludido y siguió caminando. Seguimos toda la cuadra así... (se ríe con lágrimas), Iván le daba golpes como quien no quiere la cosa y el otro no miraba. Llegamos a la esquina y Campos, que parece que tomó nota de este repudio, se marginó, dobló para el lado contrario sin decir nada. Entonces, yo convidé al resto a tomarse un trago a mi casa. Vivíamos en la calle Las Malvas. Ahí terminaron esas reuniones.

Lo medular es que yo había confirmado, desde un ángulo más político, mi compromiso con lo colectivo. Lo que comenzaba ahora era totalmente político: recuperar un país normal, un país democrático. Cómo lo haríamos y en qué plazo, no lo sabía.

—La muerte de amigos suyos en la Universidad de Chile, como Jorge Peña y Enrique Paris, ¿le sirvieron para mirar al régimen militar, no sólo en cuanto a la intervención universitaria, sino a los derechos humanos?

—Nunca me hice ninguna ilusión con el régimen de Pinochet. Nunca fui partidario. Lo que a mí me pasaba es que me parecía que el golpe era muy necesario, que Allende necesitaba ser removido, no importaba quien lo removiera. Me parecía imposible que funcionara ese Gobierno. Tenía un juicio extremadamente negativo en aspectos políticos y económicos respecto del Gobierno de la Unidad popular. Y mi juicio sobre Allende como persona también era malo: lo encontraba un frívolo y un ignorante.

Cuando pasó lo de Peña, me subió la rabia con respecto al tema de los derechos humanos y la Junta. Lo de Paris, a quien mataron el mismo día 11, agravó mi estado de antipatía por el Gobierno militar. Entonces, lo que hice, en noviembre de 1973, dos meses después, fue llamar por teléfono a Patricio Aylwin, que era presidente de la Democracia Cristiana.

Ya los partidos no estaban funcionando, pero estaban los registros. Le dije, 'mira, Patricio, estoy en esta situación, nunca he militado, tengo muchos amigos en la DC; como tú sabes soy agnóstico, soy muy descreído, pero realmente me gustaría militar en la DC, si tú me das permiso'. Y Aylwin, que tenía poderes extraordinarios para aceptar o rechazar militantes, me dijo 'macanudo, qué bueno, dalo por hecho.' A los pocos días, me llamó alguien para decirme que estaba inscrito en el partido.

Un par de semanas después, el general Augusto Pinochet, lanzó un decreto por el cual se prohibían los partidos políticos. Edgardo Boeninger figura como el último militante inscrito en el partido demócratacristiano de Chile. Así lo consigna la revista *Ercilla*, que dirigía Emilio Filippi, en noviembre de 1973.